

REVELACIÓN

ÁLVARO VALDERAS

© Álvaro Valderas, 2021
© Iliada Ediciones, 2021
ISBN: 9798731534611

www.iliadaediciones.com

ILIADA EDICIONES
Heidebrinker Str.15
13357 Berlín
Alemania

Maquetación: Tobías S. Hirsch
Edición/Corrección: Lauren T. Hope.
Portada: MJA –AV Kreativhaus UG

REVELACIÓN

«Claro, estimado, claro que se repiten escenas, porque esto es un estudio sobre el tiempo. Ningún párrafo significa lo mismo si, cuando lo vuelves a colocar idéntico, al lector le has informado de algunos detalles de la novela que previamente desconocía».

(Último diálogo con mi agente literario)

Que no bebiese en tu pozo,
que no jurase en la reja,
que no mirase contigo
la luna de primavera.
Ya pueden clavar puñales,
ya pueden cruzar tijeras,
ya pueden cubrir con sal
los ladrillos de tu puerta.
Ayer, hoy, mañana y siempre
eternamente a tu vera.

(León/Solano)

I - A tu vera

— Los hechos son terribles, crueles, inhumanos, no se me ocurre nada más espantoso que lo que les ocurrió a esas personas, y ustedes saben que yo se lo causé, pero quiero que piensen, aunque no la admitan todavía, en la posibilidad de que la forma en que se desarrollaron los acontecimientos hasta llegar a ese resultado horrible no fuera inhumana en sí, ni necesariamente cruel; simplemente, las cosas ocurrieron, se fueron sucediendo de mala manera, y por tapar un error cometí otro, surgieron coincidencias casi imposibles, y aquello se me escapó de las manos. No me estoy disculpando, hagan conmigo lo que deban. Pero no quiero que me miren como a un monstruo. Aunque les parezca increíble, nunca obré con mala intención. Si pudiera regresar al momento en que comenzó esto y tan solo girase la cabeza hacia otro lado, les puedo asegurar que hoy seguiría siendo una excelente persona y nunca nos hubiéramos encontrado profesionalmente. Revisando el pasado, quiero creer que una fuerza cósmica dirigió la escena, paso por paso, con un plan trazado para que llegásemos aquí. Fui una marioneta del destino. Pero supongo que eso ya lo habrán escuchado más veces.

Se dio la vuelta y se dirigió lenta y tristemente hacia el muro, perforado por las balas, de la comisaría. Braulio Quirós, el Perro, exboxeador, exajedrecista, exmarido y, dentro de poco, exinspector de policía, pues estaba ya en los 56 y poco le quedaba para la jubilación, rozó su arma y retiró rápidamente la mano, para evitar tentaciones, mientras pensaba en lo fácil que sería evitarle al Estado aquel gasto, como todavía hacían en China, como había hecho

él durante dos décadas largas de gobierno comunista, la familia del reo paga la bala. Se giró hacia el subinspector que lo acompañaba:

—Fernández, hágale saber al detenido que desde hace seis años el Partido Socialista Obrero Español está en el poder, y una de las primeras decisiones que tomó su presidente, Rodríguez Zapatero, aunque muchos no estemos de acuerdo con ella, fue abolir la pena de muerte. Así que ya puede conducirlo a los calabozos, antes de que me acometa algún impulso irrefrenable de ponerme preconiliar.

—¿Disculpe?

—Que me lo quite de la vista ahora mismo, si puede ser, y si no le importa, camarada. Camarada compañero. Llévelo adentro y suavícelo un poco, que se vaya acostumbrando a nuestra hospitalidad.

El tipo se acababa de entregar por su participación en los homicidios. Según lo que sabíamos, había desaparecido de su casa y llevaba tres semanas viviendo en una pensión de mala fama y compartiendo cuarto con un indígena americano, del cual no había noticias desde cuatro o cinco días atrás. Este loco ofrecía detalles que nadie le había pedido, y me imagino que le regalarían una buena tanda de palos hasta que recuperara la cordura. Caso contrario, siempre podían llevarlo de visita al pantano de Luna, donde descansan los restos del Huevos y de varios otros que en su momento también tuvieron ganas de molestar y sacar las cosas de quicio.

Daba lástima que a alguien que se creía con las manos tintas de sangre, mientras se encaminaba hasta el ara sacrificial, lo único que le importase fuera que sus verdugos no opinaran mal de él. Algunos culpables eran en verdad inocentes por dentro. O, quizá, los inocentes son simplemente culpables a los que aún no se ha descubierto el engaño y por eso ambos extremos se rozan. ¿Acaso tú no arrastras alguna culpa, un millón de culpas pequeñas y, descollando entre ellas, una mayor, central, gigante? Puedes reconocerla porque en determinado momento de tu vida comenzó a las-

trarte, a impedirte crecer, se interpuso entre tus metas y tú, te detuvo mientras el tiempo continuó fluyendo, se perdía la plenitud, diste la bienvenida al inicio de la cuenta atrás lógica, biológica; de pronto, lo mejor ya había pasado. Me considero un ejemplo perfecto de este proceso, con un ancla en los pies y desilusión en la mirada. Yo era un paria hasta hace un par de años, cuando me ascendieron, por decretazo, me hicieron presentarme a unas oposiciones que jamás me habían interesado porque de este trabajo lo único que me importa es poder comportarme como un animal y desquitarme con los desgraciados que pasan por mis manos. Hubo consideración a mi edad para que pudiera jubilarme como un funcionario de categoría A, o quizá se impusiera la compasión hacia mis cuernos, pues el gremio es muy corporativo.

A la luz brillante de la mañana, en este helado febrero leonés, su alma en la que no cree le juega la mala pasada de un desdoblamiento y pasa a verse como desde los ojos de una de tantas palomas que rondan por allí, emprende el vuelo y contempla su figura azul empequeñeciéndose, surgen los muros y el contorno y el tejado de la comisaría, la calle Villa Benavente hacia la avenida de Lancia y después, mucho después, el límite de la zona urbana con el corte del río y la plaza de toros.

Indolente ante su propia sensación de paz y la evidencia de una experiencia extracorpórea ajena a cualquier referencia previa, demasiado convencido de su agnosticismo o abrasado por dentro, allá arriba no cuestionó sus creencias, ni la trascendencia, ni siquiera disfrutó el momento, seguramente irrepetible; solo tuvo pensamientos para ella, palabras para ella, quiso tomarla de la mano e invitarla a perderse en aquella contemplación, a la que fuera su esposa, con la que seguía hablando a cada momento, a la que aún acariciaba, de la que se despedía con un beso cada vez que salía de casa, aunque ella hacía mucho que ya no estaba allí.

Lo último decente que había hecho era fugarse con un juez y arrastrarlo al abismo.

Un grito repetido que recorría la superficie de la tierra, tan lejana, lo hizo regresar, con cierta parsimonia porque ahora sí, ante la inminencia del final, empezaba a gozar del paisaje. Al acoplarse, notó que su cuerpo temblaba, y tardó en comprender que lo estaban agitando.

—¡Braulio! ¿Me oyes?

—Sí, sí, perdona. Solo..., me dio un vahído. Ya pasó.

—¿En serio? No tienes pinta de estar muy en tus cabales.

—Tú tampoco —sonrió—. Ya me encuentro bien, gracias. ¿Para qué me querías?

—El inspector jefe Téllez preguntó por ti.

—¿Alguna idea?

—No hizo ningún comentario.

—Para qué será, si a mí nunca me asignan un trabajo auténtico. Lo único que voy haciendo, para no aburrirme, es lo que pillo en las guardias y lo que me topo en el camino.

—Y lo que bajas a buscarte a los calabozos cuando estás de mala leche y les metes un poquito de *presión* a los detenidos, que a ti eso te gusta.

—Como a los demás.

—No, a mí no, yo soy de la nueva escuela. Anda, vete ya, que estará que trina. Eh y, en serio, ¿estás tomando algo?

—¿De qué?

—Calmantes o algo así.

—Yo le huyo a esas porquerías, a los médicos y a cualquier tema que se relacione con ellos.

—Pues deberías visitar a uno, porque lo que te ocurrió antes no me parece normal. Estabas completamente ido.

—Lo sé.

Empujó la puerta de cristal y entró. Aunque saludó al número que estaba de guardia, como de costumbre este no le contestó. Se sabía ninguneado en comisaría, se lo había buscado y no le molestaba, salvo en contadas ocasiones, cuando el sonido de la burla que le hacían sus compañeros llenaba los pasillos, rebotaba, crecía, llenaba el espacio completo del cerebro, impidiendo el pensamiento. La opresión en la frente, entonces, se juntaba con su depresión, que no lo era porque uno no puede llamar así a encontrarse bien, solo un poco distraído, siempre con el recuerdo de ella, o un tanto enfadado sin motivo, o triste hasta que se le caían las lágrimas al caminar, y ocultarse entonces en algún cuarto de baño, detrás de un fichero, mirando a través de la ventana, pero eso es normal, cualquier enfermedad se anuncia con síntomas, y él no sentía otro que un pequeño dolor en el pecho y la falta de aire cuando llegaba la noche; seguramente alguna complicación respiratoria. El sentimiento de horror al futuro, las ganas de vengarse por un pasado no resuelto y la frustración se los debía a su mala cabeza para realizar elecciones. Estaba claro que siempre había dispuesto de mejores opciones, pero una voz interior le iba diciendo qué camino tomar, con frecuencia en contra de la lógica, y hasta había inventado un entramado de líneas de fuerza que atravesaban el espacio y traía mala suerte atravesar: todo esto, sin considerar por un solo momento que fuera supersticioso. Sonrió. En realidad, él no creía en nada, ni en él mismo, y así le iba.

Terminó de subir las escaleras y se dirigió hacia el despacho de Téllez. Abrió sin llamar.